

GASTÓN BAQUERO¹

Con Vallejo en París – mientras llueve

Metido bajo un poema de Vallejo oigo pasar el trueno y la centella. “Hay bochinche en el cielo”, dice impasible el indio acorralado en callejón de París. Furiosa el agua retumba sobre el techo blindado del poema. *Emprésteme* Abraham, le digo, un paraguas, un cacho

de nube seca como el chuño enterrado en la nieve. Estoy harto de no entender el mundo, de ser el pararrayos del sufrir, de la frente al talón.

Alguien tiene que tenderme una mano que sea como un túnel por donde al final no haya cementerio. Dígame, Abraham, cómo se las arregla para parir el poema que es ruana recia del indio, y es al mismo tiempo hombreante poema panadero, padrote, semental poema.

Me cobijo, me enclaustro, me escabullo amigo Abraham en ese parapeto de un poema suyo donde se puede aguaitar, arriba, el paso del hambre que sale por el mundo a comerse gente carniprieta, a devorar pobres y más pobres, requetecienmil pobres tiritando de hambre.

¹ Poeta, periodista, ensayista y promotor socioeducativo y cultural (Cuba, 1914-Madrid, 1997). Con el advenimiento de la revolución cubana vivió exiliado en España. Fue candidato al Premio Príncipe de Asturias de las Letras y finalista al Premio Nacional de Literatura (España) en el área de poesía. Es justamente considerado una de las figuras más relevantes de la poesía hispanoamericana de la segunda mitad del siglo XX. Su escritos eruditos y su amplia producción poética mantienen una indiscutible vigencia. <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/poesia-completa-19351994--0/html/>

Oiga, Abraham, llamado César como un emperador de toga negra y corona
de espinas, ¿cómo se las arregla para tristear sus poemas, si nunca cesa
de llover miseria humana, y se nos tuercen todos los tacones
de los viejos zapatos, y el agua cala impiadosa los remiendos del poncho?
Y qué risa me da que use usted nombre de imperial romano. Usted
tendría que llamarse eternamente Abel o Adán, pero Abraham está bien:
la mamacita de usted le llamaba Abrancito y le decía: niño no pienses tanto,
que en el pobre pensar no sirve para nada, pensar es sufrir más.

Oiga lo que le digo, Abraham:
tanta hambre paso en París que voy al Louvre a comerme el pan y los faisanes
de un bodegón holandés. Le arrebató a un hombre de Franz Hals un jarro
de cerveza y me hartó de espuma. Salgo del museo limpiándome el hocico
con el puño cerrado y digo ¿cuándo parará de llover en este mundo, cuándo
en el techo de los pobres no rebotarán más piedras, y lloverá maíz en vez de luto?
Y agarro el bastón de Chaplin, me subo el cuello de la chaqueta y salgo
en busca de un refugio, de un cobijo donde pasar lo que reste de llanto.
Me siento a caminar por la tristura y vengo aquí al providente amigo
a pedirle prestado un jergón para echarme a dormir, déjeme
por un siglo no más un poema suyo, testicular semilla, antihambre poema,
antiodio poema vallejiano, déme un alarido sofocado por miedo al carcelero,
un alarido en quéchua o en mandinga, pero con techo y suelo donde echarse a morir,
digo, a dormir, me contradigo, me enrosco, me encucillo, vuelvo a ser feto
en el vientre de mi madre; me arrebujo y oigo su rezongar andino sollozante:

a París le hace falta un Aconcagua, y voy a lloverle a Dios sobre su
misma cara
el sufrimiento de todos los humanos.

Alguien dice *carcasse*

y yo digo esqueleto. Hasta de espaldas se ve que está llorando, pero
empresta
el refugio piadoso que le pido, y me echo a morir, digo a dormir, aco-
razado
por el poema de Abraham, de César digo, quiero decir, Vallejo.



© Gerardo Piña-Rosales